

Manuel Zeno Gandía. *La charca*. Edición crítica de Miguel Ángel Náter. San Juan: Editorial de la Universidad de Puerto Rico, 2014.

Juan G. Gelpí, Ph. D.
Departamento de Estudios Hispánicos
Universidad de Puerto Rico

A diferencia de lo que sucede en la comunidad rural marcada por el estancamiento que se representa en esta gran novela puertorriqueña, la excelente edición crítica de *La charca* de Miguel Ángel Náter se destaca por su diversidad y la multiplicidad de posibles acercamientos que a ella se pueden realizar. El editor ha pensado en un público verdaderamente amplio y variado. Convocados están los lectores y lectoras de Puerto Rico y el exterior, tanto quienes leen por gusto como quienes estudian literatura puertorriqueña gustosamente, desde el nivel secundario hasta los estudios universitarios. Y, por supuesto, el editor se dirige asimismo a la comunidad interpretativa profesional: a la crítica que articulan sus pares en torno a este verdadero clásico de nuestras letras. Y entiendo aquí por clásico aquel texto que disfruta de una larga duración y una larga presencia ante el público lector, no solamente por su calidad en la ejecución literaria, sino también porque sigue diciéndole mucho a las sociedades y los lectores de distintas épocas. Concibo también el clásico como aquel texto que tiene una particular capacidad para generar reescrituras o reelaboraciones. *La charca* es todo esto y mucho más.

Sin sacrificar o tratar de diluir la complejidad de esta novela, Náter ha elaborado un intachable sistema de notas al pie de una gran utilidad para ese amplio público que atraerá esta edición crítica. En ellas se plasma un trabajo de excelencia, en particular, en lo que Jean-François Botrel, en su ensayo "Editar un clásico contemporáneo", ha denominado las dos caras de la edición crítica: "...La referente a la génesis y fijación del texto y la de aclaraciones y comentarios a este" (Botrel 109-110). Para los especialistas de la literatura puertorriqueña, allí se encuentran consignadas, con paciencia y rigor, las variantes que se registraron en la novela en sus distintas ediciones. Su inclusión permite, por ejemplo, captar las formas de atenuar y modular los juicios morales del autor. Acostumbrados como estamos a leer una edición específica y, aunque no queramos admitirlo, tal vez temerosos del posible carácter aleatorio

de un texto literario, muchas veces no tenemos la oportunidad de contemplar la variación considerable que se produce en un texto en sus múltiples ediciones. Esta edición crítica nos permite asomarnos a ese espacio fluctuante, pero muy valioso, que son las variantes.

Un valor añadido para las y los estudiosos de esta edición crítica es la publicación, a manera de apéndice, de cuatro artículos críticos en torno a la novela escritos por Agustín Navarrete y publicados en *La Correspondencia de Puerto Rico* a fines de noviembre y principios de diciembre de 1894. De cierto modo, en esa recepción inicial se observa lo que será un patrón años después en el proceso de interpretación de la novela de Zeno Gandía: la tendencia a circunscribir o limitar las expectativas y la participación de los lectores en el ámbito de la ficción a lo que Vassilis Lambropoulos denominó “actos de reconocimiento realista”. Ante todo y sobre todo, a Navarrete le interesa la novela como “caso patológico” colectivo. En su lectura, prácticamente desaparecen los límites entre el universo representado y la isla entendida como “un inmenso hospital”. Luego de examinar la obra como documento social y obra científica y filosófica, se le da “...un vistazo muy a la ligera, como obra literaria” (506). Los ensayos de Navarrete, escritos en una cercanía muy grande al novelista y médico, ayudarán a las y los especialistas a profundizar en el proceso histórico de la recepción de *La charca*.

Para quienes se enfrenten a la novela de Zeno Gandía por primera vez, en el nivel secundario o en los estudios universitarios de bachillerato, la edición crítica de Náter provee información sumamente valiosa en varios renglones: allí el editor despliega su conocimiento como comparatista y estudioso de la literatura hispanoamericana. Aclara el léxico que difiere del actual o más difundido, a la vez que señala y comenta el contenido histórico de varios pasajes y establece nexos entre el texto de Zeno Gandía y las obras afiliadas a distintos movimientos literarios del siglo XIX. Como profesor consciente de su necesidad de integrar a sus interlocutores estudiantiles de la Universidad de Puerto Rico, abre la novela de Zeno Gandía y la renueva al acercarla a los lectores y lectoras que se inician. Una edición crítica puede ser un excelente modo de mediar entre el lector modelo inicial que pudo tener *La charca* en 1894 y el lector o lectora contemporáneo de edad universitaria. El innegable desfase cronológico de tipo cultural o lingüístico, como bien plantea Botrel, es uno de los grandes retos de una edición crítica. Y Náter sale airoso de ese reto.

En estas ricas notas, las y los especialistas encuentran observaciones mediante las cuales el editor interviene, en momentos puntuales, en algunas de

las polémicas que ha desatado la novela en el ámbito de la crítica. Tal es el caso del debate en torno a la representación de la naturaleza en esta novela naturalista y ecléctica, en la cual no hay una sola ideología literaria que la moldee, sino diversas entonaciones que pueden remitir a veces a una concepción romántica y, en otros momentos, a una filiación realista o naturalista. En ese sentido, podríamos afirmar que en la hibridez de *La charca* se produce un fenómeno parecido a la temeridad sobre la cual reflexiona José Lezama Lima en su colección de ensayos titulada *La expresión americana*. Como texto ejemplar de una expresión americana, *La charca* transforma temeraria, imprudentemente, las ideologías literarias europeas, a la vez que las alterna. En otros momentos, Náter hace hincapié en los modos en que esta novela, que a menudo se suele leer como primordialmente naturalista, se aparta de lo que se transparenta en las novelas naturalistas. Es lo que se registra en un pasaje en el que, al optimismo del narrador en torno al sistema judicial, se contraponen lo que sucede en la novela *La bestia humana* de Emile Zola.

Náter se mueve en una zona a la vez erudita y polémica, como intérprete de las lecturas que se han hecho de la novela de Zeno Gandía, en un extenso ensayo titulado “Nuevos sumergimientos en *La charca*”. Allí se destacan los estudios críticos que han circulado en las últimas décadas, tanto en Puerto Rico como en el ámbito internacional. A diferencia de lo que se podría dar en una exposición distanciada, el editor debate con los intérpretes recientes de la novela señalando tanto logros como posibles desaciertos. Por ejemplo, el editor refuta las interpretaciones que se asientan en una negación de los personajes como criaturas de ficción, a la vez que advierte el componente trágico compartido tanto por Silvina como su madre Leandra.

En ese debatir con otros y otras intérpretes de la novela, Náter articula su propia lectura teniendo en cuenta aspectos estéticos, así como sociológicos e históricos, en un sentido amplio de la palabra. Rescata y privilegia unas observaciones del sociólogo alemán Ferdinand Tönnies para cuestionar las presuntas relaciones de comunidad en *La charca*. Igualmente niega la supuesta dualidad entre un mundo ideal y un mundo naturalista que ha afirmado cierta crítica. Esto lo lleva a plantear la compleja relación que entabla Zeno Gandía con su clase social, quien, a pesar de pertenecer a la clase hacendada, “... crea en su obra un autor implícito autoconsciente de los males de su propia clase social” (444). La podredumbre, según Náter, abarca a todos los estratos sociales que se representan en esta novela. Esta afirmación se basa, en buena medida, en el debate que ha librado la crítica acerca de la representación de la naturaleza y el espacio en la novela.

Pero cabría tal vez una matización. Si bien a la larga la podredumbre se generaliza en el universo ficcional de la novela, no es menos cierto que la tierra—ese componente de la naturaleza que el texto focaliza en varios momentos—parece disfrutar, aunque sea de manera pasajera, de un statu ajeno a la podredumbre. En las etapas iniciales de la novela, la tierra, la posible fuente de riqueza de la clase propietaria, adquiere una caracterización que no colinda con la podredumbre. Me permito citar un pasaje que considero pertinente:

Juan recorría así la vertiente, subiendo con el auxilio de los troncos o descendiendo con cuidado en previsión de caídas. No era raro que en determinado lugar se arrodillara, cuando veía surgiendo a flor de tierra la raíz de un cafeto. Entonces se echaba de bruces y emprendía él mismo la faena de aterrarla, mientras explicaba a los campesinos la importancia de aquel detalle. Sí, las raíces debían profundizar para beber en lo hondo los jugos de la tierra (51, subrayado mío).

Esos jugos de la tierra unen a Juan del Salto con su hijo y remiten a la idealización de la tierra que realiza su hijo Jacobo.

Con todo, el desarrollo de la novela derrumba esa promesa que se basa en las sustancias de la tierra. Y esto se logra no solamente en las acciones de los personajes que constituyen el silencio y la corrupción ética, sino también mediante toda una economía de lo líquido y lo telúrico que recorre *La charca* de principio a fin. Cabría la pregunta: ¿qué otros líquidos o jugos se inscriben y operan en esta novela? La gran mayoría de los personajes de este universo ficcional se apartan de esos jugos de la tierra, de esa especie de placenta, en su trato y relación con diversas variantes de lo líquido. Habría que recordar el veneno lento del alcohol que ingieren Gaspar y Deblás. También, tener presente que, para marcar su carácter trágico, los senos de Leandra carecen de leche. La extensión de la tierra que es un árbol siente la herida con una cuchilla de Gaspar al tiempo que la conducta de Galante usa un árbol para asesinar a Ginés. Todas estas son distintas formas de apartarse de los jugos telúricos. Los jugos de la tierra contrastan también con la avaricia y la mezquindad alimenticia de Marta con su nieto. Difiere esa placenta fallida de igual modo de la “sed” de dinero de Deblás. Por último, esa placenta también es ajena al uso que le da Marta al convertir la tierra en banco. Todos estos detalles y el juego narrativo que se opera a partir de ellos llevan, en efecto, a una podredumbre.

Me resta felicitar al colega Miguel Ángel Náter por una labor excelente en esta edición crítica e instarlos a todas y todos ustedes a disfrutar la lectura de la novela.¹

¹ Presentación celebrada en la Editorial de la Universidad de Puerto Rico, el 7 de mayo de 2014. En el texto se alude al siguiente artículo de Jean-François Botrel: "Editar un clásico contemporáneo", *Encuentros con la literatura y el teatro del mundo hispano*. Volumen II. Eds. Joanna Wilk-Racińska y Jasek Lyszczyna. Katowice: Uniwersytet (Elaskiw Katowicach, Oficyna Wydawnicza Waclaw Walasek, 2008. 107-125.